

Gobernar los tiempos

Por Álvaro Pezoa

Gobernar supone actuar sobre una realidad que rara vez cambia a similar ritmo que las decisiones políticas. Una ley puede ser aprobada en semanas; una reforma, después de meses de negociación. Pero, recuperar el crecimiento, crear empleos o disminuir perceptiblemente la delincuencia requiere mayor espera. Esta diferencia entre el tiempo de las decisiones y el de sus resultados constituye hoy uno de los principales desafíos del gobierno.

Durante sus primeros meses éste ha impulsado iniciativas relevantes en materias que estuvieron en el centro de su propuesta: seguridad, crecimiento, inversión, empleo. Algunas han avanzado en el Congreso, otras comienzan a implementarse. Sería injusto desconocerlo. Pero, también sería un error pensar que la aprobación de una ley o el anuncio de una política pública generan, por sí mismos, el efecto deseado.

La ciudadanía no habita en el Diario Oficial. Vive en barrios donde espera poder caminar con tranquilidad, en familias preocupadas por encontrar o conservar un empleo, en pequeñas empresas que necesitan vender, en hogares cuyo presupuesto sigue estrecho. Por eso, inevitablemente, existe una distancia entre los indicadores con que un gobierno mide su gestión versus aquellos con que las personas juzgan su gestión cotidiana. ¿Cómo enfrentar esta brecha sin caer en el cortoplacismo? Ante todo, concentrando los esfuerzos. Cuando demasiado es prioritario, finalmente poco lo es. Empleo, crecimiento y seguridad parecen exigir actualmente una especial dedicación del gobierno, no solo legislativa, sino de administración. Mínima dispersión y máxima capacidad ejecutiva parecen ser cruciales.

La aceptación de una reforma no termina una tarea gubernativa: la inicia. Reglamentos oportunos, encargados identificables, coordinación entre organismos, plazos conocidos y evaluación periódica, deberán acompañar las principales políticas. Gobernar obliga a seguir la trayectoria de las decisiones hasta asegurar que ellas impacten en la práctica.

Habrà que combinar dos tiempos. Chile requiere transformaciones estructurales cuyos frutos tardarán en ser visibles. Sería irresponsable abandonarlas por buscar logros inmediatos. Pero las familias subsisten en el presente. El gobierno precisa, por tanto, acompañar esas grandes modificaciones con disposiciones de transición capaces de aliviar problemas urgentes, especialmente el desempleo, sin sacrificar la responsabilidad fiscal.

La prudencia demanda priorizar, ejecutar, medir y, cuando sea necesario, corregir con prontitud. Quizás ese sea el desafío para el segundo semestre del gobierno. Ya ha dedicado un esfuerzo considerable a abrir caminos. Ahora, debe compaginar la continuidad de esa imprescindible tarea con obtener que los cambios comiencen a mejorar la jornada diaria de los ciudadanos.

En último término, gobernar implica conseguir que, gracias a las medidas adoptadas, la realidad de las personas sea más auspiciosa.

Opinión

Edición papel digital

Propósitos post 18

Magdalena Browne
Decana de Comunicaciones y Periodismo
Universidad Adolfo Ibáñez



El Presidente Kast siguió un guion esperable en sus intervenciones en las múltiples ceremonias, tedeum, cadenas digitales y ritos habituales de Fiestas Patrias: apeló a la unidad del país, a "superar los momentos duros juntos" y a "valorar a Chile como la casa y patria común de todos más allá de las discrepancias". Sin embargo, en medio de un escenario de crisis laboral y expectativas persistentemente alicidas, ¿calaron sus palabras en la ciudadanía? Poco. Si bien la mayoría adhirió a sus alusiones a la unidad, no hubo cambios sustantivos en el sombrío clima de opinión (Cadem).

Es de perogrullo, pero se olvida: los relatos solo funcionan cuando son creíbles. Los chilenos continúan con una mirada magra sobre el futuro asentada tanto en la incertidumbre económica actual como en expectativas frustradas que fueron sembradas en la campaña electoral que llevó a Kast a ser Presidente. Se creyó que el rezago de la economía se revertiría rápidamente, y más bien ocurrió lo contrario. Es difícil volver a confiar.

Aun así, una narrativa puede ser útil para encauzar miedos en momentos complejos e inyectar esperanza solo si es construida desde un propósito compartido. Esto corre tanto a nivel personal como social: la evidencia ha demostrado que formular propósitos aporta al bienestar, ordena acciones cotidianas, otorga marcos de sentido en tiempos difíciles y potencia la resiliencia. Al respecto, un estudio de LEAS y la Escuela de Psicología de la UAI da cuenta que los chilenos creen en la relevancia de construir metas junto a otros, pero —así como son capaces de proyectarlas con sus familias, vecinos y compañeros de trabajo— les resulta difícil hacer lo mismo con el país: el 70% cree que "actualmente, en Chile existen más divisiones que propósitos compartidos". Con la misma contundencia, se ve la necesidad de generar propósitos comunes para unir a la ciudadanía; pero solo la mitad confía que se pueda lograr.

En la base del persistente pesimismo actual, está así la desazón ciudadana de ver un país crecientemente fragmentado y polarizado (LEAS-UAI, 2026), y a una élite política —de uno y otro lado—, incapaz de lograr acuerdos sobre lo sustantivo en tiempos oportunos.

Tras el 18 de septiembre, muchos suelen hacer una lista de propósitos. Ojalá que la de esta administración incluya no solo "llamar" a la unidad del país en ceremonias, sino poner su plena voluntad y prioridad para "construir" más propósitos comunes en el día a día. No es "buonismo", es sostenibilidad política. Eso requiere dejar tácticas y estrategias utilizadas en estos seis meses de rodaje como gobierno: no aspirar a aprobar leyes solo por un voto, sino que cimentar mayorías; no "pasar el tejo" por propuestas constitucionales que desenfocan y alimentan conflictos; no "ningunear" el pasado, sino entender que desde ahí y sus diferencias se construye lo común; y no solo invitar a algunos, sino a un arco más diverso de actores sociales para resolver la crisis del desempleo.

Gobernar los tiempos

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad
Empresarial, ESE Business School,
Universidad de los Andes



Gobernar supone actuar sobre una realidad que rara vez cambia a similar ritmo que las decisiones políticas. Una ley puede ser aprobada en semanas, una reforma, después de meses de negociación. Pero, recuperar el crecimiento, crear empleos o disminuir perceptiblemente la delincuencia requiere mayor espera. Esta diferencia entre el tiempo de las decisiones y el de sus resultados constituye hoy uno de los principales desafíos del gobierno.

Durante sus primeros meses éste ha impulsado iniciativas relevantes en materias que estuvieron en el centro de su propuesta: seguridad, crecimiento, inversión, empleo. Algunas han avanzado en el Congreso, otras comienzan a implementarse. Sería injusto desconocerlo. Pero, también sería un error pensar que la aprobación de una ley o el anuncio de una política pública generan, por sí mismos, el efecto deseado.

La ciudadanía no habita en el Diario Oficial. Vive en barrios donde espera poder caminar con tranquilidad, en familias preocupadas por encontrar o conservar un empleo, en pequeñas empresas que necesitan vender, en hogares cuyo presupuesto sigue estrecho. Por eso, inevitablemente, existe una distancia entre los indicadores con que un gobierno mide su gestión versus aquellos con que las personas juzgan su experiencia cotidiana. ¿Cómo enfrentar esa brecha sin caer en el cortoplacismo? Ante todo, concentrando los esfuerzos. Cuando demasiado es prioritario, finalmente poco lo es. Empleo, crecimiento y seguridad parecen exigir actualmente una especial dedicación del gobierno, no solo legislativa, sino de administración. Mínima dispersión y máxima capacidad ejecutiva parecen ser cruciales.

La aceptación de una reforma no termina una tarea gubernativa: la inicia. Reglamentos oportunos, encargados identificables, coordinación entre organismos, planes conocidos y evaluación periódica, deberían acompañar las principales políticas. Gobernar obliga a seguir la trayectoria de las decisiones hasta asegurar que ellas impacten en la práctica.

Habría que combinar dos tiempos. Chile requiere transformaciones estructurales cuyos frutos tardarán en ser visibles. Sería irresponsable abandonarlas por buscar logros inmediatos. Pero las familias subsisten en el presente. El gobierno precisa, por tanto, acompañar esas grandes modificaciones con disposiciones de transición capaces de aliviar problemas urgentes, especialmente el desempleo, sin sacrificar la responsabilidad fiscal.

La prudencia demanda priorizar, ejecutar, medir y, cuando sea necesario, corregir con prontitud. Quizás ese sea el desafío para el segundo semestre del gobierno. Ya ha dedicado un esfuerzo considerable a abrir caminos. Ahora, debe compaginar la continuidad de esa imprescindible tarea con obtener que los cambios comiencen a mejorar la jornada diaria de los ciudadanos.

En último término, gobernar implica conseguir que, gracias a las medidas adoptadas, la realidad de las personas sea más auspiciosa.

LT latercera.com

Declaración de Intereses en
www.gruposopena.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copeso S.A.

Atención a suscriptores
en su correo virtual
help@nuestrovirtual.latercera.com



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 77

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus opiniones al contenido o
cobertura del diario a:
lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:

lt@nuestrovirtual.latercera.com

o a: Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos y ajustarlos conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
discriminaciones. Las cartas recibidas no
son devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Partidos políticos: una reforma fome, pero necesaria

Javier Sajuria
Profesor de
Ciencia Política
Queen Mary University



Lo que pasa dentro de los partidos y cómo se organizan es de esas áreas que suelen parecer menos atractivas, pero que tienen las consecuencias más grandes. Estamos al por de la aprobación de un proyecto de ley que promete hacerse cargo de gran parte de los problemas que se han identificado en nuestro sistema político, pero no lo hace desde la reforma al sistema electoral, sino que modificando el funcionamiento de los partidos.

Uno de los puntos más difíciles de defender desde la ciencia política es la necesidad de contar con partidos fuertes y representativos. La exagera-

da personalización de la política chilena ha ido a la par de la baja confianza que la ciudadanía tiene en nuestros partidos. Al final, se vuelve más o menos irrelevante si un candidato va por uno u otro partido, si es que ese conglomerado no tiene herramientas para coordinar la acción de sus representantes en el Congreso. La razón es simple: tenemos un sistema electoral donde los votos se dan a personas, no a proyectos. Por ello, se vuelve difícil justificar que los partidos tengan autoridad sobre quienes construyen su base de forma individual.

La reforma no se hace cargo del problema principal, ya que no toca el sistema electoral o cómo vota la ciudadanía. Pero sí toma la segunda mejor opción, que es cambiar la manera en la que se organiza el trabajo legislativo en el Congreso. Mientras se mantiene un nivel importante de autonomía de cada legislador, la reforma les otorga poderes inéditos a los comités, que hasta hoy pertenecían al dominio de los acuerdos internos de las Cámaras. Con ello, los partidos recuperan un poco el control de sus propios parlamentarios a través de la coordinación de pares, sanciones por no cumplir acuerdos, entre otros. Puede sonar contraintuitivo en un país donde los partidos no tienen buena fama, pero el cambio va en la dirección correcta para poder volver a darle

sentido al trabajo colectivo en política.

El otro punto más polémico es la modificación a los requisitos para constituir y mantener un partido. La reforma exige mayor número de regiones y, de implementarse sin el plazo propuesto de 18 meses, podría terminar con, al menos, ocho partidos fuera del sistema. Otras restricciones son no poder presentar candidaturas en aquellas regiones en que no se está constituido, además de un límite al número de independientes que pueden ir dentro de una lista de partidos. Una lectura desconfiada podría pensar que esto se trata de un amarrar de los partidos grandes para impedir la competencia. Una visión más optimista podría decir que esto es un aprendizaje de lo difícil que es gobernar en un mundo de independientes y partidos de nicho.

La reforma debería fomentar el trabajo colectivo, tanto en la formación como en la operación de partidos. Esta reforma no va a dejar contentos a todos los actores políticos, pero al menos los va a obligar a mejorar su coordinación interna y su base popular. No se hace cargo de otros temas urgentes, como es la discusión sobre la ley de cuotas o la personalización de la política. Sin embargo, es difícil no estar de acuerdo con la necesidad de la nueva ley, por insuficientes que parezcan sus objetivos.